

Compañía, y mandó que se guardasen, y que de allí adelante, para siempre jamás, el general de la Compañía fuese perpétuo, conforme á lo que ellas disponen; y ordenó á Hipólito de Este, cardenal de Ferrara, que era legado de la Sede Apostólica y

estaba presente, que hiciese fe y diese testimonio desta voluntad y mandato de su Santidad; y el Legado lo hizo con un *viva vocis oraculo*, que en suma contiene lo que acabo de decir, y por evitar prolijidad no se pone aquí.

LIBRO TERCERO.

CAPÍTULO PRIMERO.

Va á Francia por mandado del Papa.

Echado aparte este negocio de la manera que aquí se escribe, quiso su Santidad enviar á Francia por su legado al mismo Cardenal de Ferrara, por ser príncipe de gran prudencia, y en sangre ilustrísimo, y en riquezas poderoso, y protector y defensor en Italia de la nación francesa, y por todos estos respetos muy grato al rey de Francia Carlos IX deste nombre, que entónces reinaba, y á la reina Catalina de Médicis, su madre (que por ser el Rey su hijo niño, era su tutora y gobernadora, y regente del reino), y á los demas grandes y señores dél. El cual reino se abrasaba por el fuego que con los errores de los perversos herejes se habia emprendido, y iba creciendo y apoderándose cada día más, y destruyendo y consumiendo aquel reino, que en cristiandad y defensa de nuestra santa fe y de la Sede Apostólica en los siglos pasados se ha tanto señalado y florecido. Para apagar pues este fuego infernal, y sosegar las cosas de la religión, que estaban tan turbadas en Francia, envió el Papa al Cardenal de Ferrara, y con él al padre maestro Lainez, para que con su grande espíritu, doctrina y prudencia, ayudase al Cardenal en aquella jornada tan importante y dificultosa, y se opusiese á los herejes si fuese menester.

Partieron de Roma el primero de Julio del año de mil y quinientos y sesenta y uno, y con ser el tiempo tan recio y tan peligroso por los grandes calores, era tanta la caridad del padre maestro Lainez, y el deseo y celo que tenia de aprovechar á las ánimas, que, por todas las ciudades principales de Italia por donde pasaban, se iba luego á predicar á la iglesia mayor, hasta que, de puro trabajo del camino, sermones y negocios, cayó malo en Ferrara y estuvo para morir. Pero fué Dios servido de darle salud, para que le sirviese en Francia.

Porque habiendo llamado el Rey de Francia á córtes en Poisy, que es cabe San German, y habiéndose juntado casi todos los príncipes y señores de Francia en la que ellos llaman asamblea, vinieron también á ella Teodoro Beza, frances de nacion, y Pedro Mártir, italiano (1), y algunos otros de los más pestilentes y perversos ministros de los herejes; y públicamente, con gran desenvoltura y

(1) Canónigo agustiniano, casado con una monja; los demas eran casi todos frailes fugitivos por el mismo estilo.

atrevimiento, delante de la Reina madre (que, como dijimos, era la que gobernaba) y de los grandes del reino, propusieron sus errores y su falsa doctrina, persuadiendo desvergonzadamente á todos que la abrazasen y siguiesen. Mas el padre maestro Lainez, viendo una cosa tan abominable y tan lastimera, tuvo gran sentimiento, como era razon; y movido de celo del Señor, aunque era extranjero y español, pidiendo licencia primero á la Reina, hizo un razonamiento con tan grande espíritu, libertad y doctrina, que causó mucha admiración á todos los que estaban presentes; el cual comenzó en italiano desta manera:

«Muy alta y muy poderosa señora: Si las cosas que en esta junta se tratan fuesen propias deste reino de vuestra majestad, y tocasen solamente á su policía y gobierno, guardaria yo el precepto de Platon, que ordena á los forasteros y peregrinos que no sean curiosos en la república ajena. Y siendo yo español, no hablaria de las cosas de Francia, ni en una junta de tantos y tan grandes príncipes, perlados y letrados como aquí están, osaria dar consejo; porque con razon se podria tener por imprudente y temerario. Mas, porque lo que aquí se disputa y trata es cuestion y materia de la fe (la cual es una, católica y universal, y abraza todos los reinos y señoríos y provincias del mundo, y á todos los fieles, que son sus hijos y están debajo de la Iglesia apostólica y romana), paréceme que no debo yo tenerme por extraño de lo que toca á mi madre, y que ninguno me podrá reprehender porque hablo en Francia, habiendo nacido en España, de lo que es tan propio del español como del frances, del aleman como del italiano, del cristiano católico que vive en la India tanto como del que nació en Roma.

«Yo, madama, por lo que he leído y visto, y nos enseña la experiencia, tengo por cosa muy peligrosa el hablar ó oír hablar á los que han salido del gremio de la santa Iglesia nuestra madre. Porque no sin causa la sagrada Escritura los llama serpientes, lobos, vulpejas y bestias fieras; serpientes venenosas, que matan con la vista y con la ponzoña que escupen; lobos carniceros en piel de oveja, que derraman el rebaño del Señor; vulpejas astutas y engañosas, y bestias crueles, que cuando ven la suya, no ménos con violencia que con arte y maña, arruinan y destruyen la heredad y casa de Dios; y por eso dijo el Espíritu Santo: *Quis miserabitur incantatori à serpente percuso, et omnibus*

qui appropriant bestiis? ¿Quién se compadecerá del encantador mordido de la serpiente, y de los que se allegan á las fieras? Y así, señora, dos cosas se me ofrecen acerca deste punto que representar á vuestra majestad: la una es buena, y la otra es ménos mala; y para la una y la otra conviene que sepa vuestra majestad que no le compete, ni á ningún príncipe temporal tratar de las cosas de la fe, ni determinarlas, porque excede esto la potestad que Dios les dió para regir sus reinos y señoríos, y enderezarlos á la felicidad temporal, que es el fin de su gobierno; pero esto pertenece á los sacerdotes y perlados. Y porque las causas de la fe son causas mayores, está reservado al sumo Pontífice y al concilio general el definir las. Y por esto se ordenó en el concilio de Basilea que estando abierto concilio general, y seis meses ántes, no se celebrase ningún concilio provincial. Y así, me parece que si en el reino de Francia hay algunos sembradores de zizaña y de nuevas opiniones, contrarias á lo que ha sido predicado por los apóstoles, y confirmado con tantos milagros, y enseñado por tantos y tan grandes santos en todos los siglos y reinos y provincias del mundo, estos tales no deben ser oídos, sino castigados, ó á lo ménos remitidos á los superiores eclesiásticos, á quien esto incumbe. Y que pues está abierto el santo concilio de Trento, vuestras majestades los envíen á él, que en él serán oídos y enseñados, y desengañados de sus errores, si ellos lo quisieren ser. Porque el Papa les dará salvoconducto y toda seguridad; y por haber en el concilio las personas más señaladas del mundo en doctrina y prudencia, y especialmente por la asistencia infalible del Espíritu Santo, que asiste en los concilios generales para que no puedan errar, se alcanzará más fácilmente lo que se pretende, y éste es el mejor medio y más seguro. El otro no es tan bueno: que si todavía vuestra majestad, por usar de misericordia con los que tan poco la merecen, y por ganarlos y traerlos al camino de la verdad, quisiere que sean oídos en Francia, los remita á los obispos y perlados eclesiásticos, para que llamando á los teólogos y varones sabios que les pareciere, los oyan y enseñen, sin intervencion de seglares y de personas que puedan ser inficionadas y pervertidas dellos. Y con esto se librára vuestra majestad del trabajo y pesadumbre que necesariamente habrá de tener en estas juntas tan odiosas y pesadas, y hará oficio de reina cristianísima.»

Dicho esto, deshizo con gravísimas y fortísimas razones las mentiras y tinieblas con que los herejes querian cegar los ojos de los oyentes y escurecer la verdad de nuestra santa fe católica, y los reprimió y los hizo callar. Y porque, entre otras cosas que habian blasfemado los herejes, y la más principal, habia sido contra la verdadera y real presencia de Cristo nuestro Redentor en la hostia consagrada, y habian dicho que siendo la misa una figura y representacion del sacrificio cruento que nuestro Señor hizo por nosotros en la cruz, no

podia ser juntamente el figurado y lo que este sacrificio representa, el padre Lainez respondió á este propósito una cosa, que por parecerme digna de su grande ingenio y espíritu, y que declara profundamente este misterio (aunque calle las demas), la quiero poner aquí. Dijo pues el padre que si un gran rey diese una batalla á sus enemigos que tuviesen alguna su ciudad cercada y apretada, y los desbaratase y venciese, y librase la ciudad, y para que quedase memoria perpétua de aquella hazaña y gloriosa vitoria, mandase que cada año se hiciese fiesta y comemoración della, que ésta se podria hacer de una de tres maneras. La primera, ordenando que de palabra solamente se refiriese la historia cómo habia pasado. La segunda, que al vivo se representase el cerco de la ciudad, la pelea, el destrozo y muerte de los enemigos, y que entrasen en esta representacion sus soldados y capitanes. La tercera sería que, para regocijar más la fiesta, y alegrar y obligar más á sus súbditos, quisiese el mismo rey entrar en persona en la fiesta; y representar muchas veces la vitoria que una vez habia alcanzado; y que si esto hiciese, puesto caso que aquella representacion sería figura de la batalla pasada, y de la vitoria que el rey habia tenido de sus enemigos, pero que también sería verdad que estaba allí el rey en su propia persona, pues él mismo, y no otro, representaba sus proezas y triunfos; y por ser representacion de lo pasado, era figura; y por ser el que lo representaba, el mismo que habia hecho lo que se representaba, era el figurado; y así concurría en este ejemplo la representacion de lo pasado y la verdad de lo presente, y que lo uno no embarazaba ni ponía dificultad á lo otro. Que desta misma manera, habiendo Cristo nuestro Señor vencido á Satanás, y triunfado dél con su muerte, y librado al mundo, que estaba cercado y oprimido de sus enemigos, con su cruz, habia querido que quedase memoria perpétua deste beneficio y que se representase en su Iglesia; y que, para que la representacion fuese más solene, y más gloriosa para el mismo Señor que habia vencido, y más provechosa y saludable para los que con tal vitoria habian sido redimidos y librados de la tiranía del demonio, el mismo Señor, por su inestimable é infinita bondad, habia querido por su propia persona representarnos sus vitorias, y con este incruento y santo y cotidiano sacrificio refrescarnos la memoria de aquel sacrificio piadosísimo y suavísimo y lleno de sangre, que por sí mismo una vez hizo en la cruz. Así que, la misa que se dice en la Iglesia católica es representacion y es verdad; es la figura y lo figurado; es señal, y lo que significa la misma señal; pues nos representa el sacrificio de la cruz, y el mismo Señor que se sacrificó en la cruz es el que nos le representa, y de nuevo se ofrece por nuestros pecados al Padre eterno, en olor de suavidad.

Despues que con estas y otras razones hubo satisfecho al auditorio y confundido á los herejes, se volvió á los reyes, y con el acatamiento debido,

mas acompañado con la libertad de verdadero siervo de Dios y celador de su honra y de su fe, les avisó que no diesen oídos á semejantes pláticas, ni tomasen para sí (pues eran seglares) el oficio que es propio de los eclesiásticos, ni consintiesen que delante dellos se tratasen aquellas disputas y materias de la fe; porque era contra la sinceridad de la misma fe, que los verdaderos católicos debemos profesar. Y que supiesen cierto que no había otras armas con que mejor se conservasen y defendiesen los reinos, que con la católica religion y justicia; y que si ellos por ventura, por no perder el reino temporal, se descuidasen, y usasen de blandura ó disimulacion con los herejes, ó no los castigasen con el rigor que era menester, que él temia, y se lo decia de parte de Dios, que perderian la religion verdadera, y el reino, que sin ella no se puede defender y sustentar. Lo cual, y otras cosas á este propósito, dijo con tan grande espíritu, sentimiento y fervor, que se enterneció, y lloró muchas lágrimas, y movió á llorar á los oyentes, no sin grande admiracion. Tuvo tanta fuerza lo que dijo, que de allí adelante no se juntaron más en la asamblea para oír á los herejes. Dado que hubo entre los príncipes católicos algunos que (tratando las cosas divinas con humana prudencia y policia) fueron de parecer que se diese licencia á los herejes de predicar, y de proponer las dudas que tenían allí delante de todos, con condicion que despues ellos oyesen tambien los sermones de los predicadores católicos, creyendo que con esta blandura se ganaría más, y que habiendo escupido y echado el veneno que traian, se hallarian más descargados y hábiles para recibir las verdades de nuestra santa y católica doctrina; y así, se les dió esta licencia á los herejes.

Rogaron mucho al padre Lainez personas gravísimas y de grande autoridad que se hallase presente á estas pláticas de los herejes, y nunca lo pudieron acabar con él, por muchos y extraordinarios medios que tomaron para ello. Porque decia que el verdadero católico no ha de tener amistad ni trato, ni dar ni tomar con los herejes, los cuales en sus disputas no buscan ni quieren saber la verdad, sino oprimirla y oscurecerla, ni se aprovechan de la blandura y suavidad de los católicos para reconocerse y enmendarse, sino para endurecerse ellos, y engañar más á los otros; y así, sacan ponzoña, para inficionar y matar á otros con ella, de los medios blandos que indiscretamente se toman para sanarlos á ellos y darles remedio; que es espíritu muy propio de los santos y verdaderos católicos.

CAPÍTULO II.

Lo que hizo en París.

Para sustentar de su parte la religion católica, que se iba cayendo en aquel reino, predicó en italiano en París, en el monesterio de San Agustin, el adviento del año de mil y quinientos y sesenta y uno. Hubo gran concurso de católicos y herejes á sus sermones, con los cuales los católicos se con-

solaban y confirmaban en nuestra santa fe, y de los herejes, muchos que al principio venian por escarnecer y burlarse del padre, traspasados, como con agudas saetas, de las vivas y eficaces razones que decia, enherboladas (1) con santo celo y espíritu del cielo, se rendian y convertian, convencidos de la fuerza de la verdad. Predicó asimismo en otro monesterio de monjas en frances; que aunque no sabía muy bien la lengua, el deseo grande que tenía de aprovechar á todos, y el celo santo de defender la fe, se la hacia estudiar y hablar. En todos sus sermones, demas de enseñar la verdad católica, y declarar los errores y malas artes de los herejes, exhortaba á todos á penitencia y á oracion, y á suplicar á nuestro Señor que alzase la mano y el riguroso azote, que comenzaba á descargar sobre aquel reino florentísimo y poderoso de Francia. Y no contentándose con haber hecho esto el padre Lainez, se fué por casi todos los monesterios de religiosos y religiosas que había en París, y habló á los superiores dellos, rogándoles lo mismo, y que con su vida ejemplar y fervorosas oraciones y penitencias aplacasen á nuestro Señor, y fuesen luz de los católicos y freno de los herejes. Tambien visitó uno á uno los colegios, que son muchos y muy señalados en la universidad de París, y propuso á los rectores cuatro cosas. La primera, que no tuviesen en su colegio á ningun estudiante ni maestro de vida escandalosa y públicamente mala, sino que procurasen que todos viviesen virtuosamente y se guardasen de vicios y ofensas de nuestro Señor. La segunda, que no consintiesen que ninguno de sus estudiantes fuese á oír sermones de herejes, ni tuviese que ver con ellos. La tercera, que si había alguno en sus colegios que fuese tocado de herejía ó inficionado de la pestilencia que corria, le echasen luégo fuera de sus casas, para que no inficionase á los demas. La cuarta, que todos los de cada colegio juntos hiciesen oracion cada día, y suplicasen á nuestro Señor que usase de misericordia con aquel reino. Habló tambien á casi todos los predicadores católicos que tenían algun nombre, animándolos á tener fuerte, y ser valerosos y constantes en la defensa de la fe, y no menos á ser mirados y circunspectos en sus sermones, y hablar con tanto tiento y recato en el púlpito, que no diesen ocasion á los herejes de acusarlos por alborotadores y revolvedores del pueblo, y de quitarles, con este achaque, la libertad que tenían de predicarles la verdad. Lo mismo hizo con los doctores teólogos del colegio de Sorbona, que es el más principal y como cabeza de toda aquella universidad; amonestándoles y rogándoles que en un tiempo tan miserable como aquel, y de tanta necesidad, no escondiesen el talento que Dios les había dado; sino que, como soldados leales y valerosos, saliesen al encuentro á los enemigos, y peleasen por su Dios y por su fe y por su verdad. Exhortó á los curas que velasen sobre su grey, y que la guarda-

(1) Saetas preparadas con el zumo de yerbas ponzoñosas.

sen de los lobos que la rodeaban, y que se guardasen ellos de todos los pecados y ofensas de nuestro Señor, pero particularmente de la deshonestidad y codicia, que son los vicios que más amancillan y afean la hermosura y limpieza que debe resplandecer en los eclesiásticos. A algunos señores católicos y principales ministros de justicia, y en particular al Gobernador de París, visitó y exhortó á la buena administracion de la justicia, y á estar fuertes y constantes en la fe, y dar favor y brazo á los que la defienden.

Finalmente, no dejó cosa por hacer el buen padre, para reprimir á los herejes y animar á los católicos en tiempo de tan grande calamidad. Y era tan grande su pecho y valor, que trataba entre los herejes (que eran hombres atrevidos y temerarios, y armados de hierro y de maldad, y que se preciaban de derramar sangre) con una maravillosa seguridad. Y estando el Rey en Poisy, cerca de San German, y teniendo necesidad el padre Lainez de volver á San German y andar muchas veces de noche, una y dos leguas, por caminos despoblados y peligrosos, por montes y bosques espesos de árboles, y más de herejes (que andaban en cuadrilla con grande orgullo y ferocidad), él se iba casi solo con sus compañeros, desarmado entre los armados, con tanta paz y seguridad como si estuviera en su casa de Roma. Maravillándose mucho desto el padre Polanco, que fué su compañero en esta peregrinacion, y avisando al padre que mirase por sí, y no se pusiese en tan manifiesto peligro de la vida (la cual le deseaban quitar, como á valeroso defensor de la fe católica, los enemigos della), el padre Lainez se sonrió y dijo: «El desnudo no tiene que temer á los ladrones, ni el que pelea por la religion católica, á los herejes, que no le pueden hacer más mal de lo que el Señor de la vida les permite; y si viniere la muerte, sea muy bien venida; que no puede ser cosa para un cristiano más dichosa ni más gloriosa que dar la vida por aquel Señor que dió la suya por él.»

CAPÍTULO III.

De otras cosas que hizo para sustentar la fe católica en Francia.

No se contentó el padre maestro Lainez con haber hecho tantas y tan extraordinarias diligencias para resistir á los herejes de Francia, y apagar el incendio que iban levantando; mas, viendo que se iba extendiendo y cobrando nuevas fuerzas en muchas y diversas provincias de aquel reino, aceptó de buena gana algunos colegios que en él se le ofrecieron, aunque con flacos fundamentos y débiles pincípios. Porque le pareció que en una necesidad tan grande y casi extrema no había que reparar en ninguna comodidad temporal, sino con cualquiera ocasion poner los de la Compañía como en frontera, para hacer rostro al enemigo y pelear como valerosos soldados, y morir, si fuese menester, por nuestra santa fe católica. Y así, en su tiempo se comenzaron en el reino de Francia los colegios que adelante se dirán.

Envió asimismo algunos padres á las partes y ciudades que estaban más combatidas y afligidas de los herejes, los cuales (permitiéndolo así nuestro Señor, que queria castigar con azote tan riguroso aquel reino), el año de mil y quinientos y sesenta y dos, tomaron tanta fuerza y osadía, que como unas furias infernales, le pusieron en grandísima confusion, y con increíble impiedad, crueldad y codicia le atalaron, destruyeron y casi asolaron, y se apoderaron de muchas villas y ciudades, robando las haciendas y matando las personas, y profanando las cosas sagradas, por justo y severo juicio del Señor. Entre los otros que envió el padre á esta santa empresa, fueron el padre Emundo Augerio, frances de nacion, y el padre Antonio Posevino, italiano, los cuales fueron á la ciudad de Leon, que estaba en aquel tiempo muy apretada de los herejes. Y fué cosa de la mano del Señor el haberlos enviado en aquella coyuntura; porque por la industria, celo, prudencia y valor destos padres se puede con verdad decir que aquella rica y populosa ciudad está hoy en pie y conserva la fe católica; que, por ser cosa tan particular, y por haber sido efeto de la ida del padre Lainez á Francia, y del cuidado que tuvo de remediar sus daños, lo quiero yo aquí contar.

Al principio, cuando fueron á Leon estos padres, los herejes eran más en número y más poderosos que los católicos. Comenzaron luégo á hacer rostro á los herejes, y con los sermones, pláticas y disputas reprimir y detener el ímpetu de su furor é insolencia; de lo cual los herejes tenían tan grande sentimiento y rabia, que los amenazaban, y juraban que los habian de matar; y con efeto los procuraron matar, y lo hubieran hecho si el Señor no los hubiera guardado por la gran diligencia que pusieron los católicos para su defensa. Y finalmente, habiendo prevalecido los herejes, por tener tanta parte en la ciudad, echaron della á todos los católicos, despojándolos primero y robándoles sus bienes; y queriendo matar á los padres de la Compañía, ellos, por medio de algunos señores católicos, se salvaron. Y el padre Emundo se fué á la ciudad de Valencia de Francia, que está en la misma ribera del rio Ródano, entre Leon y Aviñon; porque estaba cercada y en gran peligro de ser tomada de los herejes. Estando predicando en aquella ciudad, fué tomada por engaño de los herejes; y el gobernador della, que era un caballero muy principal y de la orden de San Miguel, que se llamaba el señor de la Moteclodrin, fué ahorcado de una ventana de su casa con el hábito de San Miguel á los pechos; y el padre Emundo fué tambien preso y condenado á la misma muerte. Habiendo ya levantado la horca para ejecutar en él la sentencia, un ministro de los herejes rogó á su capitán que no le matase; porque era mozo de grande habilidad é ingenio, y podria ayudar mucho á su religion, si se convertia á ella, como él esperaba que le podria convertir. Con esto se dejó de ejecutar la sentencia; y el padre Emundo, por

industria de un caballero católico, que le dió un buen caballo, se escapó, y volvió á Leon, que, con los conciertos que habia ya hecho con los herejes el Rey de Francia, estaba en su poder, aunque todavía los herejes eran poderosos y braveaban, y el mismo gobernador de la ciudad secretamente los favorecia. De manera que ninguna persona religiosa ni eclesiástica osaba volver á la ciudad. Mas el padre Emundo, animado con el espíritu del Señor y abrasado con su celo, no solamente volvió en tiempo tan peligroso y miserable, pero comenzó á predicar en ella, con tan grande peligro de ser muerto de los herejes, que ninguna vez subia al púlpito, que pensase bajar vivo dél; porque siempre estaba rodeado de herejes atrevidos y armados con sus arcabuces, que se la estaban jurando si hablase cosa contra su secta y doctrina. Mas el Señor, que se queria servir deste padre para lo que despues sucedió, le guardó con su providencia, y le dió seso y cordura para predicar de las virtudes y de los vicios, y de otras cosas indiferentes, sin tratar de las controversas en la religion, con tanta gracia y elocuencia, que los mismos herejes quedaban admirados y como atónitos. Usó desta prudencia hasta que vino otro nuevo gobernador de la ciudad, muy católico y celoso, el cual comenzó á favorecer el partido de los católicos, y con fuerza y maña reprimir á los herejes. Y con esto, volvieron á la ciudad gran número de los católicos que habian salido fuera, y estaban amedrentados y como desterrados por toda aquella comarca, y se apoderaron é hicieron señores della; y el padre Emundo, pareciéndole ya tiempo, abrió la boca, y empleó sus aceros y filos contra los herejes; los cuales se quejaban de sí mismos, y rabiaban por no haberle ántes cortado aquella lengua que hablaba contra ellos, y quitado la vida al que así confundia sus errores. Predicaron algun tiempo en aquella ciudad el padre Emundo en frances, y el padre Posevino en italiano, y con su doctrina é industria se mejoró mucho el partido de los católicos.

Fué tan grande la saña, y tan diabólico el enojo que tomaron los herejes, por ver que los católicos se aumentaban y prevalecian en Leon, y que ellos se menoscababan y iban cada dia perdiendo tierra, que despues se determinaron de vengarse de ellos, aunque fuese con total ruina y destruccion de la misma ciudad. Para esto trujeron de Génova (que á la sazón estaba inficionada de pestilencia) ciertos unguentos y confecciones, hechos con tal artificio é ingenio diabólico, que untando con ellos las cerraduras y las puertas de las casas, se apesataban los que las tocaban, quedando los que pegaban la peste sin lision. Con estos unguentos y grosuras secretamente sembraron la pestilencia por toda la ciudad, y particularmente por las casas de los más principales católicos y personas de cuenta. Y (permitiéndolo así el Señor) se pegó la peste, y creció, y se encendió tan crudamente, que los gobernadores y cabezas y personas principales, y

toda la gente que pudo, se salió huyendo de la ciudad, y de la que quedó murieron más de treinta mil personas. Pero, para que se viese el justo castigo de Dios, la mayor parte de los que murieron fué de los mismos herejes, y en comparacion dellos, fueron muy pocos los católicos. En esta necesidad y trabajo lastimoso de aquella ciudad, fué maravilloso el cuidado, celo y ejemplo del padre Emundo, para consuelo y alivio de los afligidos, así en el gobierno de las cosas espirituales como de las temporales. Porque él solo parecia que tenía el peso de toda la ciudad sobre sí, y acudia á los heridos de peste para hacerlos curar, y enterrar los muertos, y limpiar las casas, y quemar la ropa inficionada, y proveer á los pobres para que no muriesen de hambre, y los demas oficios de piedad; y sobre todo, él mismo confesaba á los enfermos y los comulgaba, y animaba á toda la gente con sus sermones, con notable consolacion y edificacion de todos los católicos, por el singular espíritu y fuerzas que le daba nuestro Señor para tanto trabajo en tiempo de tanta necesidad. De manera que toda la ciudad alababa al Señor, que le habia enviado á ella, y á la Compañía, que tenía tales hijos; confesando y predicando públicamente que el padre Emundo habia sido verdadero padre de sus almas, y conservador de su fe, y remediator de sus vidas.

CAPÍTULO IV.

De algunos colegios de la Compañía que se hicieron en Francia.

En este mismo tiempo, y con la misma ocasion de las alteraciones y torbellinos de Francia, comenzó el padre maestro Lainez algunos colegios, para resistir á la furia infernal de los herejes, y algunos dellos con débiles principios (como dijimos). El primero fué el de Turnon, el cual habia edificado y dotado manifiestamente el Cardenal de Turnon, varon de grande prudencia y muy celoso de nuestra santa fe católica. Porque viendo este príncipe el incendio de las herejías, que abrasaba el reino de Francia, juzgó que para apagarle, ó á lo ménos para que no se extendiese y pasase tan adelante, no habia mejor remedio que hacer seminarios y criar en ellos, desde su niñez, mozos virtuosos y bien inclinados, é instituirlos en religion, virtud y doctrina católica, para que con el tiempo pudiesen salir al encuentro de los enemigos y defender nuestra santa fe. Y queriendo él proveer deste remedio á aquella parte de Francia, que le era más propia y estaba más conjunta con el estado del señor de Turnon, que lo era de su casa, habia fundado en la misma villa de Turnon un colegio, y puesto en él colegiales con el intento que habemos dicho. Pero, como la tierra estaba ya inficionada, y muchos secretamente habian bebido el veneno, y aunque exteriormente parecian católicos, de dentro eran herejes y estaban dañados; por mucho cuidado que puso el Cardenal, y procuró que los maestros que habian de enseñar en su colegio fuesen católicos, hubo algunos entre ellos

que aunque lo parecian, no lo eran, sino lobos vestidos de piel de oveja. Cuando el Cardenal lo supo, sintiólo terriblemente, como era razon, y juzgó que no podia salir mejor con su intento, y asegurar la tierra y estado, que entregando aquel colegio á la Compañía, y así lo hizo, pidiendo al padre maestro Lainez, que estaba en París, le quisiese aceptar. Aceptóle y envió gente á poblarle, y el primer rector del colegio fué el mismo padre Emundo Augerio.

El colegio de Rodes tambien se hizo casi al mismo tiempo y por la misma ocasion, y el de la ciudad de Tolosa, el cual se pobló en gran parte de los nuestros, que habian sido echados del colegio de Pamiers por los herejes, que andaban en este tiempo (como dijimos) muy validos, poderosos y rabiosos, cometiendo increíbles abominaciones y crueldades por todo el reino de Francia. Y habiendo echado de sus casas á los otros religiosos de Pamiers, que es cerca de Tolosa, vinieron armados y furiosos al colegio de la Compañía, que estaba ya comenzado, y echaron fuera de la ciudad á los nuestros con extraño odio y braveza, tomando nuestro Señor por instrumento para la fundacion de los dos colegios de Rodes y Tolosa, al padre maestro Juan Pelatario, frances de nacion, varon fervoroso y fiel siervo suyo. El cual con su vida y predicacion y los otros ministerios de la Compañía hizo gran fruto en toda aquella tierra, edificando y confirmando en nuestra santa fe á los católicos, y resistiendo y confundiendo á los herejes, de los cuales fué preso y maltratado, para que no solamente hiciese buenas obras, sino tambien padeciese por Cristo, y les echase el sello con su paciencia y sufrimiento. Pero fué nuestro Señor servido que los mismos católicos le librasen de las manos de sus enemigos, y despues le regalasen y sirviesen en una enfermedad grave que tuvo, de la cual santamente murió en Tolosa.

En este número podemos poner aqui el colegio de Avignon, que la misma ciudad comenzó, con deseo de tener perros veladores que ladrasen contra los herejes. Y aunque despues se levantaron en ella grandes borrascas contra la Compañía, causadas de los vientos de algunas calumnias y falsos testimonios que contra los nuestros se dijeron, todavía, sabida la verdad, presto se sosegaron y hubo bonanza, desdiciéndose públicamente los que públicamente habian levantado aquel falso testimonio y sido causa de aquella turbacion y confusion; porque así se lo mandaron los supremos superiores, para quitar el escándalo que habian dado y para entera satisfacion de la justicia.

Tambien se hizo el colegio de Moriac, que es en la Alvernia, provincia de Francia; fundóle el Obispo de Claramonte (1), como tambien los colegios de París y de Billon.

No es justo que dejemos de referir aqui la oca-

(1) Clermon; todos los nombres están españolizados, pero éste, más que ninguno, por lo que conviene advertirlo con preferencia.

sion que tuvo para comenzarse el colegio que tenemos en Leon de Francia, porque es mucho para saberse y para notarse, y para glorificar al Señor. Tenia la ciudad de Leon un colegio para enseñanza de sus hijos; dióles por maestro y puso en él un hombre en letras suficiente y hábil, que tenía muestras de virtuoso y católico, y era hereje y perverso, y tan artificioso, que para engañar mejor sabia muy bien disimular y fingir ser católico. Este tenía por discípulos los hijos de la gente más principal de la ciudad, á los cuales iba tiñendo de su color y poco á poco inficionándolos y atosigándolos con la ponzoña de su falsa y pestilente doctrina. Cuando se descubrió el mal ya no tenía remedio; porque ya los mozos habian crecido y estaban emponzoñados, y el veneno habia ya penetrado al corazon, y como muchos dellos eran caballeros é hijos (como dijimos) de gente principal, habian entrado en los cargos de la república y tenían mucha mano en ella. El maestro, por la confianza que tenía en estos sus discípulos, y porque le pareció que ya no era tiempo de disimular más, se manifestó y descubrió públicamente lo que era. Tuvieron los católicos de la ciudad grandísimo sentimiento deste daño, y buscaban camino para remediarle, y castigar al maestro que era autor dél, y dióles Dios una ocasion maravillosa para hacerlo; porque un dia del Santísimo Sacramento, haciendo la procesion solene por la ciudad, y pasando delante de la puerta de la casa en que vivia el maestro, fué tirada una piedra de otra parte hácia el sacerdote que llevaba el Santísimo Sacramento, y viendo el pueblo este desacato y diabólico atrevimiento, y creyendo que el mal venia de la casa del maestro, con gran celo y fervor entró en la casa dél, y hallándole bien descuidado, le hizo pedazos, pagando desta manera el miserable hereje (aunque no tanto como merecia) el daño que habia hecho en aquella ciudad. Y no solamente el maestro murió esta muerte lastimera y miserable, pero tambien casi todos los principales discípulos que tuvo en el discurso del tiempo, tuvieron desastrados fines, y los más dellos murieron á manos de la justicia. Queriendo pues la ciudad de Leon reparar el daño que habia hecho aquel maestro, y librarse de otros semejantes peligros para adelante, se determinó de dar aquel colegio á la Compañía, y de fiar sus hijos de los que sabia que los habian de criar en santas costumbres y con la leche de la doctrina católica. Tratóse el negocio con el padre maestro Lainez, y como él tenía tanta sed y ánsia del remedio de las calamidades de Francia, aceptó el colegio y envió algunos padres á él. Aunque el establecimiento y entero asiento de aquel colegio fué en el tiempo del padre Francisco de Borja, el cual, luego que fué hecho prepósito general, nombró por primer rector del colegio de Leon al padre Guillermo Criton, escoces de nacion, que trabajó mucho en él, y despues en otras partes de Francia.

He querido contar tan en particular este principio del colegio de Leon, para que se entienda el

daño que casi sin sentirse puede hacer un mal preceptor de los niños en la república, y para que de aquí se saque el beneficio que le hacen los que los crían santamente y los instituyen en temor y amor de Dios y loables letras y costumbres; porque sin duda que las escuelas y estudios de los mochos son como las fuentes públicas de las ciudades, que si manan agua limpia y saludable, da vida y salud á los que beben dellas, y si por el contrario traen agua turbia y emponzoñada, les son causa de muerte y corrupcion. Y por esta razon, en ninguna cosa deben desvelarse más, ni poner mayor solicitud y cuidado los que gobiernan la república y celan el bien della, que en asegurar y limpiar estas fuentes, y proveer á los niños de tales maestros, que les den, como buenas amas, el pecho, y los crien y sustenten con la leche limpia y sana de santa vida y doctrina.

Por esta misma causa aceptó el padre Lainez el colegio de Chamberí, que es en Saboya y cabeza della. Porque despues que Manuel Filiberto, duque de Saboya y príncipe de Piamonte (con la paz tan deseada que Dios nuestro Señor dió á la cristianidad, el año de mil y quinientos y cincuenta y nueve, entre el Católico Rey de España y el Cristianísimo de Francia), cobró sus estados, quiso fundar aquel colegio para conservar en ellos la fe católica, y especialmente en el de Saboya, que por estar pegada con Ginebra (1) (que es la cueva destas serpientes y basiliscos infernales) y con algunas provincias de Francia contaminadas, corría más peligro de inficionarse.

CAPÍTULO V.

Lo que sucedió á los nuestros en Turnon y en Billon, y la muerte del padre Pascasio Broet.

Admirable es el fruto que nuestro Señor ha sacado de la fundacion destes colegios en Francia, para consuelo y esfuerzo de los católicos, y freno y espanto de los herejes. Los cuales, entendiendo de léjos el daño que les podía venir con la santa institucion de la juventud en la fe católica y buenas costumbres, y con los otros ministerios que usa la Compañía, procuraron luego de asestar sus tiros contra ella, y con todas sus fuerzas y máquinas echarla del reino de Francia y (si pudieran) extinguirla. Y aunque en diversas partes han hecho varios insultos y violencias contra los nuestros, contaré aquí uno que hicieron contra el colegio de Turnon, este mismo año de mil y quinientos y sesenta y dos, al mismo tiempo que estaba el padre maestro Lainez en Francia. Despues que se apoderaron de la ciudad de Valencia y ahorcaron al gobernador della, y prendieron al padre Emundo Augerio, de la Compañía, que predicaba en Valencia y era rector del colegio de Turnon (como esta historia lo ha contado), enviaron los herejes á decir al señor de Turnon (que está tres leguas de Va-

(1) Ginebra; este nombre, léjos de estar españolizado, está cual lo usan los extranjeros.

lencia y á la misma ribera del río Ródano) que mandase que en su tierra no se dijese misa, y que echase luego á los jesuitas que estaban en ella, y que tuviese la tierra y la fortaleza por ellos, si no queria que luego la asolasen y destruyesen. El señor de Turnon, que era caballero católico y prudente, y aficionado á la Compañía, en recibiendo este recaudo, envió luego á llamar al vicerector de nuestro colegio, y consultó con él lo que se habia de responder y hacer. El vicerector quiso consultarlo con sus hermanos de la Compañía, que eran obra de veinte y cuatro ó veinte y cinco, y ellos fueron de parecer de no salir del pueblo, sino quedarse allí y morir por nuestra santa fe católica; y esto se dió por respuesta con mucha resolucion al señor de Turnon, el cual estaba muy fatigado por ver que se acercaban ya los enemigos; y alabando el buen ánimo y santo celo que tenían nuestros padres y hermanos de morir por Jesucristo, les propuso que sería mayor servicio de Dios guardarse para otro tiempo, y no dar, con su quedada, ocasion á los herejes que arruinasen aquella villa, y matasen por su causa á todos los católicos que habia en ella. A esto respondieron los nuestros que, aunque ellos deseaban derramar su sangre y perder la vida á manos de los herejes, y lo tuvieran por gran beneficio y particular regalo del Señor por lo que á ellos tocaba; pero que mirando al bien comun de los otros, ellos estaban aparejados de salirse del pueblo, por excusar el daño que por su causa le podría venir; y que así saldrían, si el señor de Turnon, como señor de la villa, se lo mandase, y les diese testimonio que salían por esta causa. Por abreviar, ellos salieron dentro de una hora, con grandes llantos de los católicos del pueblo y de casi mil estudiantes que tenían; y se fueron disimuladamente, de cuatro en cuatro, por diferentes caminos, que estaban todos llenos de herejes armados, insolentes, crueles y enemigos de Dios y de su Iglesia, y particularmente de aquellos pobres padres y hermanos, que ellos buscaban; de cuyas manos, por su infinita misericordia, los libró el Señor.

El mismo día que salieron los nuestros de Turnon, entraron los herejes; y con haber usado de su impia crueldad, y quebrado las cruces, y quitado las imágenes, y contaminado los templos, y robado muchas haciendas de los naturales de Turnon, y posado algunos dellos en el mismo colegio de la Compañía, no se atrevieron á tocar la menor cosa de las pobres alhajas que los nuestros habian dejado en él, que era toda su hacienda y sustancia. Lo cual fué tenido por particular favor y proteccion de la poderosa mano del Señor, que á las de los herejes y los detuvo, para que los nuestros hallasen su casa alhajada y tan entera como la habian dejado, cuando volviesen á ella.

Los nuestros se fueron al colegio de la Compañía de Billon, que es en la provincia de Alvernia, donde estuvieron algun tiempo y hasta que, pasada aquella borrasca, se serenó el cielo y amansa-

ron los vientos y se sosegó la mar. Mas de allí á algunos meses tambien llegó este fluado á Billon, y los nuestros fueron echados de su colegio, donde tenían mil y doscientos estudiantes, á quienes enseñaban; y por esto, y porque decian misa, eran extrañamente odiados de los herejes; y así, cesaron las lecciones y ejercicios de letras, aunque esto fué por poco tiempo; porque, con la industria y exhortacion de los de la Compañía, los católicos cobraron ánimo y tomaron las armas, y echaron á los herejes, no solamente de Billon, pero de Alvernia, quedando aquella provincia más limpia y sosegada, y los nuestros en su casa con paz y quietud.

En este año de mil y quinientos y sesenta y dos murió en París, de pestilencia, el padre Pascasio Broet, frances de nacion, de la provincia de Picardía, que á la sazón era provincial de la provincia de Francia, y habia sido uno de los primeros padres que en París siguieron á nuestro bienaventurado padre Ignacio, y le ayudaron á fundar y establecer la Compañía. Fué varon devotísimo, blando de condicion, cándido y sencillo, muy celoso, gran trabajador, y de conversacion santa y apacible. Trabajó mucho en diversas ciudades de Italia con grande edificacion; fué enviado el año de mil y quinientos y cuarenta y uno, por nuncio apostólico de la santidad del papa Paulo III, juntamente con el padre Salmeron, al reino de Hivernia, donde padeció y sirvió mucho á nuestro Señor. Despues, por el peligro grande que tuvo de ser preso de los ministros de Enrico VIII, rey de Inglaterra, partió para Roma á pié desde París, con poca provision y viático, como nuncio verdaderamente apostólico, hasta que en Leon de Francia fué preso por espía, y conocido por quien era, fué honrado y regalado, y proveido de todo lo necesario para su camino, como lo escribimos de la vida de nuestro beatísimo padre Ignacio, el cual le hizo provincial en Francia (y fué el primero que en ella hubo en la Compañía), para que gobernase los colegios que se iban haciendo, y sembrase en aquel reino lo que despues han cogido sus hijos y sucesores. Lo cual él hacia con gran caridad, vigilancia y cuidado, andando á pié de colegio en colegio, sin que los muchos años y trabajos pasados fuesen parte para estorbarle, ni entibiar el fervor y celo ardiente que tenia de mortificarse, y edificar y animar á sus hermanos, y fundar el espíritu de humildad, pobreza y menosprecio del mundo en la Compañía.

CAPÍTULO VI.

La ida del padre Nicolas Gaudano á Escocia por nuncio de su Santidad.

La turbacion del reino de Francia ayudó y fomentó mucho las revoluciones que los herejes habian causado en el reino de Escocia. Al cual, en este mismo año de mil y quinientos y sesenta y dos, envió la santidad del papa Paulo IV al padre Nicolas Gaudano, de nuestra Compañía, flamenco de P. R.

nacion, y varon de gran religion y doctrina, por nuncio apostólico; y para enviarle fué ésta la ocasion. Despues que murió Francisco II, rey de Francia, el año de mil y quinientos y sesenta, la reina María, su mujer, que era reina propietaria de Escocia, se volvió á su reino; pero hallóle tan perdido y estragado de los herejes (los cuales en su ausencia, con el favor y fuerzas de la Reina de Inglaterra, con increíble impiedad y furor, habian profanado los templos y quitado el santo sacrificio de la misa, y perseguido á los católicos de aquel reino), que no tuvo brazo ni fuerzas para componer las cosas que estaban tan descompuestas, y restituir la religion católica en el estado que ántes tenía; ántes estaba la pobre Reina como oprimida y tiranizada de los herejes, y con peligro que hiciesen della lo que despues hicieron. Sabiendo esto el sumo Pontífice, y queriendo, como pastor y padre universal, con su solicitud y caridad socorrer á la Reina en este conflicto y casi extrema necesidad, y animarla y esforzarla, para que no desmayase ni desfalleciese en la fe católica por temor de las armas y espantos de sus enemigos, determinó enviar una persona que de su parte hiciese con la Reina este oficio tan piadoso y tan debido. Y porque sabia que si enviaba algun perlado, ó persona pública y de mucha autoridad, no sería admitida en el reino de Escocia, por estar tan apoderados dél los herejes, se quiso servir de uno de los hijos de la Compañía, y fué nombrado para esta mision el padre doctor Nicolas Gaudano, por sus buenas partes. Acompañóle el padre Emundo Ayo, que era ya de la Compañía, escoces de nacion y hombre noble en aquel reino; y por ir con menos sospecha y mayor disimulacion, fueron disfrazados, y llegaron á Letha, puerto de Escocia. Quiso nuestro Señor que al mismo tiempo llegase al mismo puerto el padre Guillermo Criton, que á la sazón era mozo y lego, y habia sido admitido en Flándes en la Compañía, y para poder con efeto entrar en ella, iba á Escocia, á acabar y concluir ciertos negocios que se lo impedían. No pudo ser tan secreta la entrada del padre Gaudano, ni hubo tanto recato en ella, que el mismo día que llegó no la supiesen los herejes, ántes que la misma Reina; los cuales luego la publicaron y predicaron de los pulpitos, avisando á la gente que se guardasen dél como de cruel enemigo y de pestilencia, y que velasen y procurasen prenderle, para castigarle y matarle con atroces tormentos. Fué tanta la alteracion y alboroto que causó esta nueva en los ánimos de aquellos miserables y ciegos hombres, y tantas y tan exquisitas las diligencias que usaron para prender al padre Gaudano, que le fué forzoso retirarse de la córte y meterse la tierra adentro, y estar escondido algunos días en la casa del padre Emundo Ayo y de sus deudos; y no teniéndose aún por seguro, hubo de apartarse dél, y tomar por compañero á Guillermo Criton, que por no saberse que era de la Compañía, y andar en hábito de seglar, no causaba tanta sospecha. Y por abre-